

3. “Ellos” y “nosotros”

“ELLOS”: RESPETO POR UNO MISMO

Es probable que la fuerza de la mayoría de los grupos esté relacionada con la exclusividad, con la idea de que hay personas que están fuera del “nosotros”. ¿Cómo se manifiesta esta característica en la clase trabajadora? Anteriormente, he mencionado la importancia del hogar y del barrio, y propuse que esa importancia proviene en parte de la idea de que el mundo exterior es extraño, y con frecuencia hostil; que tiene casi todas las cartas ganadoras en la mano y que es difícil relacionarse con él en sus propios términos. Para emplear una palabra frecuente en boca de las personas de la clase trabajadora, me referiré a los de ese otro mundo como “ellos”. “Ellos” es una figura coral en términos teatrales, el personaje principal en las formas urbanas modernas de la relación entre el campesino y el propietario de la tierra. El mundo de “ellos” es el de los jefes, sean estos individuos del ámbito privado o, como suele ser el caso más corriente en la actualidad, los empleados públicos. “Ellos” pueden ser, según la ocasión, cualquier persona cuya clase social no sea la de los pocos individuos a los que la clase trabajadora reconoce como tales. Un médico que muestre dedicación por los pacientes no será uno de “ellos” en tanto médico; en cambio, en tanto seres sociales, él y su esposa sí serán “ellos”. Un cura será uno de “ellos” o no según cómo se comporte. Forman parte del grupo de “ellos” los policías y los empleados públicos, los empleados municipales como el maestro, el portero del colegio, “la Corporación”, el juez del distrito. El asistente social, el hombre de “los Guardianes” y el empleado de la bolsa de trabajo en algún tiempo fueron figuras notables. En especial para los más pobres, esos personajes constituyen un grupo difuso pero numeroso y con poder que tiene influencia en su vida en casi todos los aspectos: el mundo se divide entre “ellos” y “nosotros”.

“Ellos” son los que están “en la cima”, los “de arriba”, los que reparten “las ayudas sociales”, los que nos convocan para ir a la guerra, los que nos

multan, los que nos hicieron dividir la familia en la década de 1930 para evitar la reducción en la asignación familiar, los que “controlan nuestra vida”, los que “no son de fiar”, “hablan con una papa en la boca”, “son inescrupulosos”, “nunca te dicen nada” (por ejemplo, con referencia a un familiar que está internado en el hospital), “te meten entre rejas”, “te aplastan si pueden”, “te dan órdenes”, “forman grupos cerrados” y “te tratan como basura”.

Las autoridades han tenido tratos bastante violentos en Inglaterra, en particular durante la primera mitad del siglo XIX. Pero, en general, y en nuestro siglo especialmente, el concepto de “ellos” para la clase trabajadora no implica violencia ni maltrato. No es el mismo “ellos” del proletariado en ciertas regiones europeas, de la policía secreta, la brutalidad en plena luz del día y la desaparición de personas. Aun así, existe, no sin motivo, el sentimiento entre los integrantes de la clase trabajadora de que están en desventaja, que la ley suele no estar de su lado y que las sentencias por delitos menores son más duras contra ellos que contra los demás. Levantar apuestas en la calle es riesgoso, pero hacer operaciones por medio de un “agente de bolsa” no lo es tanto. Si se emborrachan para festejar algo, lo hacen en el *pub*; entonces es más probable que se los lleven a ellos y no al que bebe en su propia casa. Su relación con la policía no es igual que la de la clase media. Suele ser una buena relación, pero sea esta buena o mala los miembros de clase trabajadora sienten que los policías los están observando; son representantes de la autoridad que los vigilan y no servidores públicos cuya tarea consiste en ayudarlos y protegerlos. Conocen de cerca a la policía y saben del acoso y la corrupción que a veces también forman parte de sus filas. Durante años se ha oído decir: “Ay, la policía siempre se ocupa de ella misma. Se cuidan las espaldas unos a otros cueste lo que cueste y los jueces siempre les creen”. Son frases que todavía se oyen.

La actitud hacia “ellos”, igual que hacia la policía, no es tanto de miedo como de desconfianza mezclada con escepticismo respecto de lo que “ellos” hacen por uno y cómo lo complican todo —de manera innecesaria; en apariencia— cuando tratan de ordenar la vida de las personas si hay algo que los afecta. Las personas de la clase trabajadora tienen años de experiencia en esperas en la agencia de empleo, la sala del médico y el hospital. Se desquitan culpando a los especialistas, con o sin razón, si algo sale mal: “Yo no habría perdido a mi bebé si el doctor hubicra sabido lo que hacía”. Sospechan que no les prestan los servicios públicos con tanta eficiencia y rapidez como a los que llaman por teléfono o envían notas.

La clase trabajadora tiene contacto con los empleados públicos de menor jerarquía, con los niveles más bajos de las profesiones de uniforme y pensión. Igual que con la policía, para otras clases estas personas son servidores públicos; en cambio, para la clase trabajadora son parte de "ellos", gente en la que no se puede confiar, aunque sean amables y bien predispuestos. Los empleados públicos que sí son desatentos despliegan ante las personas de clase trabajadora toda la insolencia de que son capaces, esa brusquedad del personal de baja categoría al que le gusta "mandonear". Por eso, los integrantes de la clase trabajadora dudan cuando les ofrecen ser capataces o suboficiales de las fuerzas de seguridad. Si aceptan, pasarán a ser uno de "ellos". Algunos empleados de bajo rango están en una posición ambigua. Son implacables con la clase trabajadora porque quieren diferenciarse claramente de ella y porque, en el fondo, saben que están muy cerca y no quieren retroceder. Su deferencia con los de la clase media quizás esconde cierto resentimiento; les gustaría ser uno de ellos pero saben que no lo son.

Por todo esto, las mujeres de la clase trabajadora suelen pasarlo mal y en general son más condescendientes que sus maridos con los empleados públicos. Los hombres son más proclives a protestar y con frecuencia la protesta toma la forma de la "vulgaridad". Si los provocan, son capaces de "partirle la cara a ese tipo si no deja de hablar pavadas".

Quizá pocas cosas ilustren mejor la división entre "ellos" y "nosotros" que los tribunales del norte del país.²⁵ Casi siempre tienen un aire provinciano de puritanismo y disciplina, rígido y anticuado, desde el olor a desinfectante que ya se huele en la entrada, pasando por los baños con los carteles "DAMAS" y "CABALLEROS" hasta el enorme estrado de madera de pino iluminado por la luz que entra por ventanas altas y estrechas. Los policías pueden ponerse nerviosos ante la mirada de sus superiores, pero a los ojos de las personas de la clase trabajadora, en la sala del tribunal los agentes son los desafiantes asistentes —más amenazadores en su propio terreno y sin el casco— de esa autoridad anónima simbolizada por el estrado. El secretario del juez es un hombre que "hace perder el tiempo a la gente"; los personajes sentados en el estrado parecen mirarlo todo desde un mundo distante, con la seguridad y la sensación de importancia de la clase media. Cuando presencio juicios, muchas veces admiro la forma en que los jueces obtienen una visión realmente humana de los casos

²⁵ Parte del material empleado para escribir esta sección lo he tomado y modificado de un ensayo que escribí para *Tribune* (4 de octubre de 1946).

a pesar de la actitud cohibida y evasiva de los testigos de la clase trabajadora. Los magistrados deben sacar el máximo partido de los testimonios, porque las personas de la clase trabajadora implicadas en las causas no se dan cuenta de mucho más que del vasto aparato de autoridad que en cierta forma se ha apropiado de ellas y que no logran comprender.

A todas esas actitudes frente a “ellos” hay que añadir una o dos más de menor importancia. En primer lugar, la personalidad al estilo de Orlick,²⁶ la actitud de “nunca fui un caballero, ¿sabe?”, el rechazo cerril de todo lo que está por encima de la propia capacidad de respuesta, en virtud del cual se desbaratan intentos dignos de utilizar la autoridad y se los menosprecia junto con el resto. O las artimañas que acompañan a algunas formas de deferencia por parte de personas de la clase trabajadora, los evidentes “engaños” a alguien de otra clase que van junto a la costumbre de decir “señor” sabiendo –según se manifiesta en la obviedad de la práctica– que todo es un juego de desprecio, que uno puede confiar en que, como a la clase media no le gustan los escándalos, se la puede engañar fácilmente. O la actitud que aumenta con la disminución del respeto por uno mismo y que acaba en una serie de “ellos tienen obligaciones”. Como los antiguos reyes, “ellos tienen la obligación” de hacer llover cuando hace falta agua y son los culpables si llueve cuando no es necesario; después de todo, “ellos están para eso”. “Ellos” tienen que cuidarnos cuando tenemos algún problema, deben “ocuparse de que no ocurran cosas de ese estilo”, de “frenarlas”. Es muy marcado el contraste con la actitud mucho más frecuente que lleva a la clase trabajadora a recurrir a “ellos” sólo cuando es estrictamente necesario. Si las cosas salen mal, hay que aguantar; no hay que caer en manos de la autoridad, y si no queda otro remedio que buscar ayuda, sólo hay que confiar “en los nuestros”.

Las distinciones “ellos/nosotros” me parecen más evidentes en las personas mayores de 35 años, en quienes recuerdan el desempleo de la década de 1930 y todos los “ellos” de ese tiempo. Los más jóvenes, incluso si no tienen actividad sindical, viven una atmósfera distinta de la que experimentaron sus padres; al menos, una atmósfera con una temperatura emocional diferente. En el fondo, la división sigue vigente y es tan abrupta como antes. Los jóvenes suelen ser menos hostiles, despectivos y temerosos respecto del mundo de los jefes, pero tampoco

26 Me refiero al personaje de *Grandes esperanzas*, de Dickens.

son deferentes con ellos. No siempre esto es así porque sean mejores que sus padres en su relación con ese mundo ni porque se hayan reconciliado con el gran mundo exterior, algo de lo que sus progenitores no fueron capaces; simplemente no lo tienen en cuenta o desestiman su importancia; han ingresado plenamente en su propio mundo, que ahora está provisto de elementos más gratificantes y entretenidos que los que conocieron sus padres. Cuando están frente al mundo de lós demás, como ocurre muchas veces después de casarse, hacen todo lo posible para seguir pasándolo por alto o recurren a actitudes similares a las de sus mayores. ¿Qué proporción de madres de la clase trabajadora aprovecha todos los servicios que ofrece un centro de atención infantil? Conozco algunas que “ni siquiera pasan cerca” de esos centros ni para beberse el jugo de naranja que les sirven porque desconfían de todo lo que provenga de las autoridades y prefieren ir directamente a la farmacia, aunque resulte más caro.

Detrás de todo esto está el problema del que hoy somos plenamente conscientes: se espera que todos tengan una doble mirada, para sus obligaciones como individuo y para los deberes de ciudadano que vive en democracia. La mayoría de nosotros, hasta los más o menos intelectuales, considera que la relación entre los dos mundos no es algo sencillo. Las personas de la clase trabajadora, tan arraigadas al ámbito de lo doméstico, lo personal y lo local, y con poca capacidad para el pensamiento más abstracto, son menos proclives a poner los dos mundos uno junto al otro. Se sienten incómodas cuando piensan en eso; no es fácil de representar ese segundo mundo más complejo, porque es muy vasto y está muy lejos. Si intentan comprenderlo, suelen recurrir a la simplificación: entonces siguen diciendo, como sus abuelos, “no sé adónde iremos a parar”.

Hay una salida tradicional más positiva en la relación entre la clase trabajadora y la autoridad. Me refiero al arte de la ridiculización, de tocarle las narices, de bajarle los humos a la autoridad. El policía a veces es un problema; otras, es blanco de canciones satíricas. Mi impresión es que la reacción es menos intensa de lo que solía ser. Sin duda, el cambio se debe en parte a que la clase trabajadora tiene una mejor posición en la sociedad. También puede ser una expresión de cómo desestima la importancia de los otros —algo que hemos mencionado anteriormente—, de una sensación de “llevarse bien así como están”; a “ellos” no les pedimos nada y no tenemos ningún resentimiento. Esa actitud se potencia con la gran cantidad de diversión a la que hoy se tiene acceso, formas de entretenimiento que hacen a los consumidores menos propensos a la irónica y vehemente protesta contenida en la ridiculización.

Las viejas costumbres sobreviven en cierta medida en las fuerzas de seguridad, donde la división entre "ellos" y "nosotros" sigue siendo clara y formal. La mayoría de las canciones satíricas que se oyen en ese ámbito se cantan desde hace cuarenta años como mínimo. Recuerdo canciones como "Me fui, me fui, tenía un buen trabajo cuando me fui", "Cuando se acabe esta puta guerra" o "Yo no quiero ser soldado".

Más que vigor, lo que se aprecia es una clara dignidad en esa reacción ante las presiones del mundo exterior, que adopta la forma de la insistencia en "conservar el respeto por uno mismo". Y en el momento en que esa idea del respeto y la confianza por uno mismo vienen a la mente, empiezan a florecer conceptos vinculados con ella: la "respetabilidad" en primer lugar, que se difunde hacia afuera y hacia arriba, partiendo de formas silenciosas, pasando por el orgullo de un obrero calificado, hasta la integridad de quienes no tienen prácticamente nada salvo su voluntad de no permitir que las circunstancias los hundan. En el centro de todo esto está la decisión de aferrarse a aquello que es motivo de orgullo en un mundo que pone tantos palos en la rueda, aferrarse al menos al "respeto por uno mismo". "Al menos, tengo respeto por mí mismo"; el derecho a poder decir eso, aunque se diga por lo bajo, compensa muchas cosas. Está latente todo el tiempo en el odio por tener que "ir a la parroquia", en la pena de tener que arreglárselas con el salario percibido durante la licencia por enfermedad, en las altas cuotas del seguro para no tener que ser enterrado en la parroquia, en el ahorro y el culto a la limpieza. Existe, según creo, entre algunos autores que escriben sobre la clase trabajadora, una tendencia a pensar en todos los que tienen el ahorro y la limpieza entre sus objetivos como imitadores de la clase media baja, como traidores a su propia clase, ansiosos por dejar de pertenecer a ella. En el sentido inverso, a los que no hacen ese esfuerzo se los suele considerar como más honestos y menos serviles. Pero la limpieza, el ahorro y el respeto por uno mismo provienen de la preocupación por no caer o sucumbir ante las circunstancias del entorno y no por el deseo de ascender; y entre los que no toman en cuenta este criterio, los espíritus desenfadados, generosos y despreocupados son muchos menos que los descuidados y los holgazanes cuyas casas y costumbres reflejan su falta de autocontrol. Hasta la presión para que los hijos progresen y el respeto por el valor de "leer libros" no surge tanto del deseo de pertenecer a otra clase por esnobismo. En cambio, tiene que ver con el deseo de quitarse de encima muchos de los problemas que padecen los que menos tienen, sólo por ser pobres: "He visto a aquel al que han golpeado, a aquel al que han golpeado: has de poner tu corazón en los

libros. He observado al que ha roto las cadenas del trabajo forzado. Observa: nada supera a los libros”.

“Qué delgada es la línea que nos separa y qué bajas las probabilidades de cruzarla”, de mantener el barco a flote y ser capaz de “mirar a la gente a la cara”. Es importante, entonces, tener el sentido de independencia que se funda en el respeto por uno mismo, porque es algo de lo que nadie nos puede despojar. La gente dice: “Me deslomé trabajando toda la vida” o “Yo no le debo nada a nadie”. Tampoco son dueños de nada, salvo unos pocos muebles, pero nunca han esperado más. De ahí que se mantengan todo tipo de rarezas, en especial entre los que ahora superan los 50 años. Conozco varias familias que eligen mantener el viejo sistema de medidor con inserción de monedas para el suministro de electricidad. Pagan más y muchas veces se quedan sin luz porque nadie en la casa cuenta con una moneda, a pesar de que tienen suficiente dinero para abonar las facturas trimestrales. Pero no soportan la idea de tener una deuda pendiente durante más de una semana. (Los “préstamos” de los clubes de ropa y la cuenta del almacén pertenecen a otra categoría, porque no son deudas pendientes con “ellos”.)

También aquí se debe buscar el origen de la tendencia a aferrarse, por más dificultades que se tengan, a esas “pequeñas cosas” que evocan una época en la que ellos tenían gustos propios y la libertad para expresarse a su manera. Sin duda, esas cosas hoy están mejor estructuradas, pero cuando yo era niño, en nuestra zona nos impactó la torpeza del agente del Comité de Guardianes que le sugirió a una mujer mayor que, dado que vivía de la caridad, tenía que vender una fina tetera que no usaba pero que tenía expuesta en su casa. “Imagínese”, exclamaban todos, y no era necesario agregar nada. Todos sabían que ese hombre era culpable de una insensible afrenta a la dignidad humana... “Ay, no hay razón en la necesidad [...] No des a la naturaleza más de lo que ella necesita, / la vida de un hombre no vale más que la de una bestia”.*²⁷

Es posible entender por qué los miembros de la clase trabajadora no se muestran muy “abiertos” con los trabajadores sociales, contestan con evasivas y están más dispuestos a dar respuestas destinadas a eludir que a dar explicaciones. Detrás de la frase “Me lo guardo para mí” quizá se

* Las versiones en castellano de las citas literales corresponden a Julieta Barba y Silvia Jawerbaum. [N. de E.]

27 W. Shakespeare, *El rey Lear*, II, IV, 265-268.

esconda el orgullo herido. No es fácil creer que alguien de otra clase que está de visita pueda imaginarse todos los detalles de las dificultades de la persona a la que va a ver, pues ella se ocupará de “no enseñar lo que le pasa”, de protegerse contra la caridad.

Todavía importa “tener un oficio”, y no sólo porque hasta hace poco tiempo un trabajador calificado casi siempre ganaba más. El obrero calificado puede decir con más convicción que es “tan bueno como cualquiera”. No corre el peligro de ser de los primeros que despiden en el trabajo; le quedan resabios del orgullo del oficio. Quizá no piense seriamente en irse, pero en el fondo sabe que tiene la libertad de recoger sus herramientas y marcharse cuando quiera. Los padres que se preocupan por “darles lo mejor” a sus hijos todavía tratan de que los acepten como aprendices en el taller.

“NOSOTROS”: LO MEJOR Y LO PEOR

En todos los análisis de las actitudes de la clase trabajadora se hace hincapié en el sentido de grupo, ese sentimiento de ser no tanto un individuo con “una forma de hacer las cosas” sino un integrante de un grupo en el que todos son, y seguirán siendo, más o menos iguales. No empleo la palabra “comunidad” en este contexto porque tiene una connotación favorable demasiado simplista y puede conducir a subestimar las tensiones y las sanciones dentro de los grupos de la clase trabajadora.

Sin duda, las personas de esta clase tienen un fuerte sentido de pertenencia a un grupo y eso lleva implícito el supuesto de que es importante ser amable, cooperar, ser buen vecino. “Todos estamos en el mismo barco”, “no vale la pena discutir” porque “la unión hace la fuerza”. Esta actitud es evidente en los movimientos del siglo pasado, en los cientos de asociaciones “de amigos” y en los lemas de los sindicatos: la Amalgamada Sociedad de Ingenieros, con “Unidos y Laboriosos”; la Comisión del Sindicato Nacional de Empleados y Trabajadores del Gas,²⁸ con su lema de finales de la década de 1890, “Amor, Unidad y Lealtad”. El “Amor” al que hace referencia este último evoca el trasfondo cristiano del cual tomó su fuerza el sentido de unión.

28 V. Will Thorne, *My Life's Battles*, Londres, Newnes, 1925.

La tradición en la que se basan estos grupos fraternos, en mi opinión, adquiere su fuerza inicialmente de la evidencia siempre presente, en las condiciones de apiñada intimidad y privacidad de la vida, de que todos estamos, de hecho, en una misma posición. Es muy probable que uno esté cerca de la gente con la que, por ejemplo, comparte una piletta en el patio común. La palabra “jefe”, que todavía es la forma más común de dirigirse al interlocutor que pertenece a la misma clase, una palabra que usan los conductores de autobús o de tranvía y los comerciantes, se dice automáticamente, pero indica algo. Decir de alguien que es amable o un buen vecino es un halago. A un club se lo aprecia porque es un “lugar donde se puede sociabilizar”; el principal motivo para recomendar un alojamiento o una pensión en la costa es que son “acogedores”, algo que importa más que el hecho de que estén llenos de gente; lo mismo vale para una iglesia. “Nuestra’ Elsie se casó en la Iglesia de Todos los Santos”, dicen respecto del templo que eligieron entre varios de la zona y que no es el que les correspondería por su domicilio, “es una iglesia muy bonita y acogedora”. Los comentarios sobre una fiesta de Navidad en la sede del sindicato terminan con: “Ha sido una hermosa noche, con mucha armonía entre todos”. Ser buenos vecinos no consiste solamente en “ser honestos entre nosotros”, sino también en ser “amables” o en estar “siempre dispuestos a hacer favores”. Si los habitantes de una zona nueva no demuestran ser buenos vecinos, el recién llegado dirá que “no se adapta”.

La sensación de calidez de un grupo ejerce una gran fuerza de atracción que las personas echan de menos cuando dejan de pertenecer a la clase trabajadora, en términos financieros y probablemente también geográficos. He observado que los hombres que se forjaron una posición con su propio esfuerzo y que hoy viven en chalés —almaceneros a los que les ha ido bien y son propietarios de una pequeña cadena de tiendas o contratistas que han crecido hasta levantar complejos de casas adosadas— disfrutan yendo al estadio a ver partidos de fútbol y codeándose con la multitud. Van en coche y usan chaquetas de *tweed* de Harris que son prueba de su progreso, pero muchos todavía van al sector popular en lugar de sentarse en la platea. Creo que disfrutan volviendo a vivir el ambiente campechano de la gente común, como lo hacen los oficiales de marina que van a tomar algo a la barra del local de baile destinada a los soldados rasos.

La clase trabajadora no tiene demasiada conciencia de la existencia de ese sentido de comunidad; está a años luz del “unidos en la lucha” de algunos de los movimientos sociales con fines definidos. No cimienta su fortaleza —en realidad, la fortaleza es anterior y más elemental— en la idea de la necesidad de hacer algo por mejorar la situación de los demás

que dio origen a movimientos como el cooperativismo; en cambio, su conciencia surge de la certeza, alimentada por la convivencia, de que uno es inexorablemente parte de un grupo, de la calidez y la seguridad que otorga esa certeza, de la ausencia de cambios en el grupo y de la necesidad de "recurrir a un vecino" porque, con frecuencia, los servicios no se pueden pagar. Emerge de la sensación de que la vida es dura y que a "los nuestros" les suele "tocar la peor parte". En la mayoría de las personas, no se traduce en una sensación consciente de formar parte del "movimiento obrero": las cooperativas no están tan asociadas a la vida de la mayoría de los integrantes de la clase trabajadora como los quioscos o bares que atienden a los vecinos de la cuadra. La actitud encuentra su expresión en un gran número de frases: "Tienes que compartir, y en partes iguales", "Nos tenemos que ayudar entre nosotros", "Hay que ayudar al que tiene dificultades", "Tenemos que tirar para el mismo lado", "O nos salvamos todos o nos hundimos". Pero, en general, son frases que se pronuncian en ocasiones especiales, en reuniones o fiestas.

La solidaridad se ve reforzada por el hecho de que no hay lugar para las grandes ambiciones.²⁹ A partir de los 11 años, cuando los estudiantes pasan a la escuela media, el resto empieza a mirar cada vez más hacia afuera, hacia la vida real que empieza a los 15, a la vida compartida con los adultos que, durante los primeros tiempos después de la primaria, serán la fuerza educativa con mayor presencia que conozcan. Cuando los jóvenes se incorporan al mundo del trabajo, la mayoría no piensa en hacer carrera o en el progreso laboral. Los trabajos se distribuyen en el plano horizontal, no en el vertical; la vida no es comparable con una escalera y el trabajo no es el principal interés. Todavía se respeta al buen trabajador, pero el obrero de al lado no es competencia, ni real ni imaginaria. Por esa razón, es comprensible que un joven escuche alguna vez este consejo: "¿Quién te apura? No le serruches el piso a nadie". Las personas de la clase trabajadora tienen varios defectos en sus actitudes respecto del trabajo, pero no son los típicos defectos de las personas "ambiciosas" y "con empuje" ni los de "los tipos de la ciudad que llevan la sonrisa del triunfador pintada en la cara"; nadie confía en los "entusiastas".

Hagan lo que hagan los trabajadores, sus horizontes son bastante limitados; de todos modos, se apresuran a decir que el dinero no hace la felicidad, y que el poder, tampoco. Las cosas "reales" son los valores humanos y de la convivencia: el hogar y el cariño de la familia, la amistad

29 Observación del doctor Zweig.

y la posibilidad de “pasarle bien”. “El dinero no es importante”, dicen, “no tiene sentido vivir para trabajar”. Las canciones de la clase trabajadora hablan de amor, amigos, un lindo hogar; siempre mencionan que el dinero no es importante.

Con todo, hay excepciones: están aquellos que representan la manera de pensar que satirizaba Matthew Arnold:³⁰ “Recuerda siempre, querido Dan, no pares hasta llegar a jefe”. Entre los más ávidamente respetables, esto se expresa en la forma en que estimulan a los chicos a “seguir adelante”, a pasar de grado, a cuidar la “caligrafía”, porque a los jefes les agrada que sus subordinados tengan “linda letra”. Y también está el hombrecito con ojos de lince al que los demás consideran con indulgencia un obcecado que “no deja escapar ni un céntimo”. Acepta trabajar horas extra por la noche y los fines de semana, y está siempre preocupado por ganar un dinero extra mientras sus compañeros se divierten. Esas personas por lo general no progresan ni llegan a formar parte de una clase social superior, sino que, inquietas, dan vueltas siempre en el mismo lugar, acumulando las cosas insignificantes que están a su alcance.

La actitud hacia los solteros probablemente demuestre más que ninguna otra cosa el alcance de la tolerancia para establecer las excepciones dentro del grupo. El soltero ocasional de un barrio suele vivir con su madre viuda o con la familia de la hermana casada. A ese hombre soltero se lo ve todas las noches en el mismo rincón del *pub* o el bar, pues tiene costumbres fijas. Quizá su timidez haya tenido algo que ver en su soltería; en cierto modo, es un ave solitaria, pero no se puede decir que esté solo. Los vecinos lo respetan. Nadie cree que sea un libertino ni un Don Juan en potencia. Probablemente pasa por el tío inofensivo de edad indeterminada que siempre “tiene buenos modos”, es “muy callado” y es bueno con la madre y la hermana. A veces, la actitud hacia los solteros esconde cierta malicia; la gente cree que Fulano de tal no se ha casado porque le da miedo el contacto físico con las mujeres. Pero normalmente esa idea no va a acompañada de desdén; tampoco las personas piensan que un soltero sea egoísta, homosexual o antisocial. Algunos hombres —se piensa— nacen solteros y son un componente más del barrio.

La minoría que adquiere conciencia de las limitaciones de su clase y se interesa por estudiar algo —para “hacer algo por su clase” o para “progresar como individuos”— genera sentimientos encontrados. El respeto por el “estudioso” (el médico o el párroco) no ha desaparecido por completo.

30 M. Arnold, *Culture and Anarchy*, Londres, Smith, Elder & Co., 1869, capítulo 2.

Recuerdo que, al poco tiempo de obtener una beca, estaba sentado en un club junto a un minero soltero de mediana edad. Cuando pagó su trago de ron y leche caliente, apartó media corona del vuelto y me la dio. Yo traté de rechazarla: "Quédatala. Para tus estudios", me dijo. "Soy como cualquier minero. Lo que gano me lo gasto". Por otro lado, hay quienes desconfían de los libros. ¿Qué les pasa a los que estudian? ¿Están mejor ahora que son oficinistas o maestros? ¿Son más felices? Los padres que no permiten que sus hijos sigan estudiando (algunos todavía se oponen) no siempre piensan en el hecho de que tendrán que mantenerlos durante un tiempo sino que dudan, aunque no lo manifiesten con claridad, del valor de la educación. Esa duda adquiere parte de su fuerza del sentido de grupo: el grupo trata de conservarse tal cual es y de impedir que sus miembros cambien, se vayan o sean distintos.

Como ya he dicho, el grupo opera contra la idea de cambio. Es más: impone a sus miembros una intensa presión, a veces demasiado fuerte, para asegurarse de que todos se ajusten a las costumbres establecidas. A los que no lo hacen por causa de los estudios o de alguna otra razón, a veces se los tolera, y no quiero decir que haya una gran hostilidad automática ante las deserciones o las costumbres diferentes. De hecho, una de las cualidades destacadas de los grupos de clase trabajadora es la tolerancia en algunos aspectos, pero esa tolerancia funciona sólo si se siguen respetando los principios generales de la clase.

El grupo se conforma por cercanía. Durante años sigue considerando que alguien que viene de una localidad que está a 50 kilómetros de distancia "no es de los nuestros". He visto grupos que son crueles (y también amables) durante mucho tiempo, si bien de manera inconsciente e insensible, con la esposa nacida en otro pueblo. El grupo muestra, con frecuencia con cierta actitud manipuladora, una crueldad poco original que puede causar mucho dolor. "¿Qué habrá querido decir con eso?", "Que no se sepa" o "No hay que decirles todo" son frases muy comunes. Importa el qué dirán igual que en cualquier otro contexto, quizá más aún, en cierto modo. Las personas de la clase trabajadora ven a los demás y ellos mismos son vistos de una manera que conduce, debido a la estrechez de miras, a una interpretación errónea, y casi siempre en desmedro del sujeto, de lo que hacen los vecinos. De una mujer de la clase trabajadora se dice que "no hace nada" en el lugar donde limpia todo el día, y cuando la llevan a la casa a la noche pide que la dejen a un par de cuadras, porque ¿qué dirán los vecinos si la ven llegar con un hombre?

Al grupo no le agradan los ataques provenientes de sus propios miembros. Es casi desconocido el impulso competitivo de parecerse a los Jones, pero es fuerte la presión por quedarse en el nivel inferior de los Atkins. De ahí el uso corriente de frases, que luego aprovecharon los publicistas, que apelan a lo común, al promedio: “Todo hombre que se precie haría...”, “No es natural”, “Me gusta porque es siempre el mismo”. Para pertenecer al grupo hay que esforzarse por “No querer cambiar al otro” y para no ser aceptado basta con actuar distinto, lo que implica una crítica a la conducta del resto; el que transgrede los tabúes pierde el favor de los demás. “El pensamiento grupal existe, claro. Si uno piensa igual que el vecino, está todo en orden, pero si no, si, por ejemplo, te ven entrar con un libro [al lugar de trabajo] o cosas así, te ven como un bicho raro y no es fácil”.³¹

Todas las clases exigen que sus miembros se ajusten a las propias normas en cierta medida. Y es necesario destacar esto porque se suele afirmar que sólo la clase media y la clase alta se fijan en estas cosas y que la clase trabajadora, no.

Salirse de las ideas del grupo, “hacerse el refinado”, “darse aires”, “parecer más de lo que uno es”, “actuar como si fuera distinguido”, “ser estirado”, “despreciar a los demás”, “creerse una señora” son conductas que no caen bien. Al verdadero “copetudo” se lo ve como un personaje divertido, igual que hace cincuenta años, y el “caballero genuino” (el que se dirige a uno “igual que como hablo yo en este momento”) se lo admira aunque, obviamente, sea uno de “ellos”. Ninguno de ellos provoca un sentimiento tan fuerte como el que genera aquel que se da aires de “gran señor” porque piensa que esos aires son superiores a los de la clase trabajadora. “¿Qué es lo que menos te gusta?”, quiere saber Wilfred Pickles. “Los que se la dan de distinguidos”. Aplausos. “¡Muy bien! Y dime ¿qué es lo que más te gusta?” “Los que son como nosotros”. Más aplausos. “...Y muy cierto. Dale el dinero”.

Sean cuales hayan sido sus orígenes, Gracie Fields y Wilfred Pickles hoy no pertenecerían a la clase trabajadora, pero los dos aún son aceptados porque siguen siéndolo en espíritu y han conquistado a las “clases adineradas” con su astucia y sus actitudes típicas de la clase trabajadora. “En el Sur quieren mucho a Wilfred Pickles”, es decir, lo quieren quienes no pertenecen a esa clase, y los trabajadores están orgullosos de que sus valores, los de los poco refinados, los rústicos, sean apreciados por otras

31 Palabras de un obrero, en Reveley y Winnington, *Democracy and Industry*, p. 60.

clases sociales. Sus “comediantes” han conquistado los reductos más elegantes; “les deseamos la mejor de las suertes”.

Con frecuencia oímos decir que la clase trabajadora inglesa es amable, más amable que la de cualquier otro país, y más que en los tiempos de nuestros padres y abuelos. Sin duda, hoy hay menos brutalidad en las zonas urbanas que hace cincuenta años; ha habido una disminución de los elementos salvajes y bruscos que a veces hacían que la calle fuese un lugar para evitar, en especial por la noche y durante los fines de semana. El vandalismo y el desorden público, por cuya causa los policías empezaron a patrullar en pareja en muchos barrios de distintas ciudades, prácticamente han desaparecido. Ya casi no se oyen noticias, salvo en contadas excepciones, de peleas a golpes de puño en la calle, a botellazos en el bar, de bandas que acosan a chicas en predios feriales o de tipos que se emborrachan como bestias.

Lamentar la desaparición de tales situaciones implicaría caer en un anacronismo tonto y engañoso, igual que creer que el hecho de que esa clase de episodios haya disminuido quiere decir que la clase trabajadora perdió una parte de su costado divertido y que la gentileza es nada más que una forma de pasividad. Pero esa misma generación que era burda y salvaje también sabía ser gentil. Pienso una vez más en mi abuela, que vio muchas brutalidades que hoy impactarían a las mujeres de casi todas las clases sociales y que, además, era bastante ruda. Pero ella, igual que muchas mujeres de su generación, tenía una gentileza y una fina capacidad para diferenciar dignas de admiración. Quizá la gentileza que nos llama la atención no sea una característica nueva, sino un antiguo rasgo que se torna más visible porque hoy tiene más espacio para manifestarse. Debe haberse desarrollado durante generaciones; es el resultado de un proceso de varios siglos en los cuales las personas se llevaban bastante bien, no sufrían la persistente violencia de los que tenían más poder que ellas y sentían —aunque tuviesen problemas serios— que la ley era pareja para todos y que la autoridad no estaba en manos de corruptos incorregibles. No he olvidado lo que vivieron las personas durante la gran hambruna de 1840; recuerdo a los siervos rusos y sé de la actitud de los italianos ante los empleados públicos, que aún hoy sigue vigente. Todo ello ha dado origen a una razonable y callada suposición de que la violencia es el último recurso.

Si hago hincapié en la ordinariez y la insensibilidad que pueblan la vida de la clase trabajadora no es porque quiera decir que otras clases no tienen sus propios modos de tosquedad ni porque quiera negar lo que

suele afirmarse de la gentileza, sino porque intento recuperar el equilibrio que hemos perdido en los últimos veinte años. La evidencia debe buscarse con sumo cuidado y no tiene que incluir hábitos que son considerados ordinarios desde la perspectiva de otras clases sociales. Visto así, el habla y los modales de la clase trabajadora son más abruptos y carecen de las frases conciliatorias³² de otros grupos. Los argumentos suelen exponerse con tanta rudeza que un extraño podría pensar que la conversación, en el peor de los casos, terminará en pelea y, en el mejor de los casos, la relación entre los protagonistas de la discusión se acabará para siempre. Creo que incluso hoy, si no quiero que se me malinterprete, tengo que modificar la costumbre de discutir “sin suavizar” mis modales, de usar frases breves y punzantes que vayan directo al grano pero con las que no tengo la intención de herir a nadie. Ni las frases ni el ritmo del habla de la clase trabajadora tienen la relajada calidad que, en distintos niveles, caracteriza a otras clases. El habla de los trabajadores respeta más sus emociones del momento: la exasperación de las peleas o la alegría que expresan las amas de casa hablando a los gritos cuando van de excursión a la costa, unos modales que causan turbación en los pasajeros que están sentados en los jardines de los hoteles. Existe la arrogancia, sin duda, de “llamar a las cosas por su nombre” que lleva a algunas personas a reforzar los elementos más rudos de su vocabulario cuando conversan con gente que no es de su propia clase.

Pero la clase trabajadora, sean cuales fueren los cambios que haya sufrido su vida, sigue estando con los pies más cerca de la tierra que la mayoría de la gente. Sobre la suciedad permanente y las dificultades de la vida doméstica ya me he explayado; habría que recordar también que las condiciones físicas de la vida laboral de los hombres, y también de algunas mujeres, se caracterizan por los ruidos, la mugre y los olores. Sabemos de esas condiciones, pero refrescamos la memoria cada vez que pasamos por una de esas profundas cavernas de Leeds donde los motores martillean y resuenan sin cesar y las chispas salen volando por grandes portones detrás de los cuales los trabajadores aparecen cubiertos de suciedad, manipulando piezas de metal caliente, o cuando atravesamos el extenso distrito de Hull que parece sumergido bajo una nube de olor a pescado que se filtra desde las cocinas de las casas apiñadas. El trabajo pesado, duro y agotador está ahí a la espera de que lo realicen las personas

32 El epíteto pertenece a T. H. Pear. Véase *Voice and Personality*.

de la clase trabajadora. Este tipo de entorno laboral no favorece una conversación de tonos medidos y cuidados.

En consecuencia, las peleas que forman parte de la vida de cualquier barrio obrero y de muchas familias de la clase trabajadora suelen malinterpretarse. Es comprensible que, en los barrios con calles estrechas en las que las casas adosadas están separadas por medianeras delgadas, las discusiones no puedan ser algo privado, salvo que los que están peleando hablen en voz muy baja. Pero, por cierto, nadie lo hace, así que las discusiones se convierten en uno de los intereses del barrio. Los niños, cuando se enteran de que "tal y tal se están peleando en la otra cuadra", se juntan y se acercan a la escena todo lo posible. Y si la pelea dura mucho tiempo o es tan ruidosa que colma la paciencia de los vecinos, siempre hay alguien que golpea la medianera con el puño o bien el fondo de la chimenea con un palo.

Sería inadecuado concluir a partir de lo que he comentado sobre esas peleas que las personas de la clase trabajadora son peleadoras por naturaleza o que pasan todo el tiempo discutiendo. Algunas peleas son penosas y desagradables, y hay familias que discuten continuamente, algo que las vuelve menos respetables ante los ojos de los demás. Muchas familias, quizá la mayoría, pelean de vez en cuando. Nada de esto es una deshonra para el barrio. Se acepta que de tanto en tanto haya discusiones —entre esposos, sobre cuánto gasta el marido en bebida o por "otra mujer", o entre las mujeres de la casa, por quién hace las tareas domésticas— que se transforman súbitamente en un estruendo de proporciones bélicas. En mi experiencia, las peleas sobre la bebida son las más frecuentes y las que provoca la existencia de "otra mujer" (u hombre) son las menos comunes.

Haré aquí una digresión acerca de este último aspecto: los romances, al menos por lo que yo sé, son típicos del hombre de alrededor de 40 años, un hombre cuyo aspecto es un poco más cuidado que el de sus conocidos, pero que desempeña el mismo tipo de trabajo que ellos. Su esposa ha perdido el atractivo físico y él busca algo fuera del matrimonio. La mujer con la que sale es muy probable que también esté casada y que tenga la misma edad que la esposa, y a los ojos de un extraño, no es más atractiva que ella. Podrían ser conocidos que se reúnen a beber algo en un lugar que suelen frecuentar. La esposa pronto se entera del romance y monta un escándalo (recuerdo más de una pelea de mayores proporciones, temprano y por la calle, con paliza de la mujer al marido incluida). El caso más extraño de todos es que las dos mujeres se hagan amigas y establezcan una relación que el vínculo del marido con ambas no sólo no impide, sino que parece alimentar.

La mayoría de las discusiones que tuve oportunidad de presenciar no eran vistas como algo escandaloso. Eran peleas que tenían lugar en zonas sórdidas, peleas de borrachos entre hombres o, peor, entre hombres y mujeres o, aún peor, entre mujeres. Esas situaciones sí eran impensables en un barrio obrero.

Recuerdo asimismo que en nuestro barrio los suicidios eran algo no del todo infrecuente. Cada tanto, uno se enteraba de que tal persona "acabó con su vida" o que "metió la cabeza en el horno", pues aspirar gas del horno era la forma más común de quitarse la vida. No sé si el suicidio era más frecuente en el tipo de colectivos con los que yo estaba familiarizado que en grupos de la clase media. No eran sucesos de frecuencia mensual ni siquiera semestral y además, no todos los intentos eran exitosos, pero sí ocurrían con la regularidad necesaria como para considerarlos parte del panorama de la vida de la clase trabajadora. En esta clase, el suicidio no podía ocultarse, del mismo modo que no era posible esconder una discusión; todos se enteraban de inmediato. El hecho que deseo destacar es que el suicidio no era visto como una cuestión personal, que afectaba sólo a la familia implicada, sino como algo que estaba vinculado a las condiciones de la vida cotidiana. A veces, la causa era que la muchacha "se metió en problemas" y por distintos motivos no toleró la situación. En muchas ocasiones, quienes apoyaban la cabeza sobre una almohada en la puerta abierta del horno sentían que la vida se había vuelto intolerable; estaban enfermos y el tratamiento no surtía el efecto deseado; se habían quedado sin trabajo; estaban tapados de deudas. Esto sucedía no hace tanto tiempo. El hecho de que el suicidio fuera algo aceptado —con pena, pero sin culpar al que se quitaba la vida— como parte del orden de la existencia muestra lo dura y elemental que podía ser la vida.

¿Acaso este panorama sirve para explicar, por ejemplo, la forma en que muchos trabajadores hablan cuando no hay mujeres presentes? En parte, quizá sí, pero en esto hay que tener cuidado de no caer en justificaciones. George Orwell, al notar que los obreros emplean con naturalidad malas palabras para referirse a las funciones naturales, dice que son obscenas pero no inmorales. Sin embargo, hay grados y clases de obscenidad, y esas conversaciones son con frecuencia obscenas y nada más, obscenas porque sí, de manera sosa, repetitiva y tosca. Y hay clases de inmoralidad; hay hombres que usan malas palabras para hablar de sexo, que al principio se usan como una forma de liberar tensiones tras una alusión a un espectáculo de cabaré o a publicaciones eróticas. Pero usan esas palabras tan indiscriminadamente y hablan tanto de sexo que

revelan una sensibilidad indiferente. Basta con escuchar una conversación acerca de sus aventuras y planes sexuales para sentirse agobiado por su aburrida animalidad, por la similitud con la vida sexual de un perro en celo. Es una cualidad que tiene que ver tanto con la falta de sensibilidad en las relaciones como con la falta de hipocresía. Cada clase tiene sus propias formas de crueldad y sordidez; las de la clase trabajadora son a veces de una vulgaridad tan degradante como innecesaria.

“TOMARSE LA VIDA COMO VIENE”: “VIVIR Y DEJAR VIVIR”

He hablado de un mundo y una vida cuyas características generales son casi predecibles: para el hombre, un trabajo que probablemente no sea interesante; para la mujer, muchos años de tener que “arreglárselas con lo que hay”; para la mayoría, la falta de esperanza en que algo puede o, mejor dicho, debería cambiar en su forma de vida.

En general —todos parecen decir—, no se espera que seamos nosotros los que hacemos girar el mundo; nuestra forma de vida es poco esplendorosa y no se caracteriza por un heroísmo espectacular; nuestras tragedias no tienen nada de teatral o poético. Al menos, esa es la clase de visión que el mundo nos invita a tener: realizar el trabajo más pesado y fijar la vista en un horizonte cercano.

Cuando las personas sienten que no pueden controlar algunos aspectos de una situación, el sentimiento no necesariamente está teñido de desesperanza, desilusión o resentimiento, sino que se lo toma como un hecho natural y se adoptan actitudes frente a esa situación que permiten vivir como se puede bajo su sombra, una vida sin el peso permanente de la circunstancia más general. Mediante estas actitudes se apartan los elementos principales de la situación y se los coloca en el reino de las leyes naturales, de lo que viene dado, la casi implacable materia de que está hecha la vida. Tales actitudes, que en su forma más cruda podrían denominarse fatalismo o simple aceptación, están normalmente por debajo del nivel trágico. Se trata de aceptar lo que no se puede elegir. Pero en algunas de sus formas, esas actitudes no carecen de dignidad.

En el nivel más bajo, está la aceptación de que la vida es dura, que no hay nada que hacer más que tomársela como viene y no empeorar las cosas: “Será lo que deba ser”, “Te guste o no, hay que aguantársela”, “Así son las cosas”, “No hay que nadar contra la corriente”, “Lo que no se puede arreglar se debe soportar”, “Hay que tomar la vida como viene”. Varias de

esas frases encierran una nota de oscuro fatalismo: “La vida siempre es así para la gente como nosotros”, pero el tono sombrío aparece en pocas de esas expresiones; la mayoría transmite paciencia y alegría: “Hay que tomar la vida como viene”, sí, pero también: “Hay que seguir adelante lo mejor que uno pueda”, “Habrá que aguantarse”, “Cuanto menos hables de eso, más rápido lo olvidarás”, “Esto va a ser igual dentro de cien años”, “Estas cosas son pruebas del destino” (en esta frase, como en muchas otras, es evidente la relación con las creencias religiosas), “Siempre que llovió, paró”, “De lo que hay no falta nada”, “Cosas peores se han visto”, “De esperanzas también se vive”. Todo se relaciona con las idas y vueltas de la vida, con lo fácil y lo difícil: “No vale la pena quejarse”, “Hay que hacer lo mejor que uno pueda y seguir adelante”, “No te detengas”. Se puede esperar una sorpresa, una buena noticia imprevista, pero no tanto, porque hay que seguir y “ganarse la vida”, “cumplir con la parte que nos toca”, “forjar el propio destino” y “buscar una solución” para “estar bien”, como los soldados cuando encuentran un refugio en territorio hostil.

Esto no se parece al optimismo de las personas a las que nada parece afectar, sino al estoicismo de los que no esperan nada, de los que se toman la vida como viene. T. S. Eliot observa que el estoicismo puede parecerse a la arrogancia, a la falta de humildad ante Dios, pero el estoicismo de la clase trabajadora es quizá una forma de autodefensa contra la presión de humillarse frente a los hombres. Es probable que no se pueda hacer mucho frente a las dificultades de la vida, pero algo se puede. Un ama de casa de la clase trabajadora a la que durante un tiempo le sobra un chelín por semana para gastar en casos de emergencia puede afirmar que está “bastante contenta”, y el adverbio no modifica al adjetivo sino que lo transforma en absoluto.

Respecto de la tolerancia, de “vivir y dejar vivir”, diremos que nace tanto de la caridad, debido a que todos comparten la misma situación, como de la falta de idealismo que genera esa misma situación. La falta de esperanza da lugar a cierta impermeabilidad respecto de las cuestiones morales; después de todo, no es bueno hacerse problemas; con los que hay, ya es suficiente: “Daría cualquier cosa por estar tranquilo”. La tolerancia se da la mano con el conservadurismo y el conformismo, de los que ya hemos hablado; es raro que choquen. Por el contrario, coexisten, se recurre a ellos en momentos distintos y con propósitos diferentes, y las personas saben por instinto qué actitud es relevante en cada ocasión. Lejos de contraponerse, se potencian.

El acento en la tolerancia surge principalmente de un sentido de grupo en el que impera la ausencia de esperanza, fanatismo e idealismo y de una

aceptación básica por parte de la mayoría de las condiciones generales de la vida. Los integrantes de la clase trabajadora por lo general sospechan de los principios frente a las cuestiones prácticas (en los que tienen más recursos expresivos, esta actitud puede adoptar un exagerado "realismo" que, en realidad, es una exaltación de sí mismos que esconde una personalidad reacia a la profundización: "Sigamos adelante con el trabajo. Toda esta teoría no lleva a ninguna parte"). La mayoría supone que uno miente antes que creer que los lastimará o desilusionará; uno puede contradecir un principio, pero eso está en otro plano, mientras que las personas están aquí y ahora. Tienes que llevarte bien con ellos, "codearte" con ellos y "ocuparte de tus propios asuntos" como esperas que los demás se ocupen de los suyos. La vida nunca es perfecta; hay que evitar los extremos, porque la mayoría de las cosas están bien "hasta un cierto punto" o "si uno no va demasiado lejos" y, después de todo, "todo depende". Uno puede tener opiniones, pero nunca hay que tratar de imponérselas a los demás. Las opiniones nunca importan demasiado, pero la gente sí; no se debe juzgar por reglas sino por hechos, ni por credos sino por carácter. "No se puede cambiar la naturaleza humana", "En la variedad está el gusto"; hay que "aceptar a la gente tal cual es", "En todas partes hay cosas buenas y cosas malas", "Los hombres son iguales en todas partes", "Un hombre es un hombre en cualquier lado" y "Todos tienen derecho a vivir".

Todas esas creencias son coherentes con la falta de patriotismo, con la desconfianza de lo público y de lo oficial. El "miedo a la libertad" quizá haya acercado a la clase media al autoritarismo, pero a la clase trabajadora la afecta de otra forma. Todavía sienten en el fondo que la vida pública y generalizada es incorrecta. El internacionalismo rudimentario puede convivir con el antisemitismo o con el rechazo a la Iglesia Católica (representante del autoritarismo en su "peor" forma), pero esa intolerancia sale a la luz sólo ocasionalmente, y los dos mundos no suelen encontrarse.

Sabemos que la presión que se ejerce sobre las personas para que se comporten como el resto se expresa en una intrincada red, si no de ideas, de prejuicios que buscan imponer un conjunto de normas rígidas y que se fundamentan en los resabios de puritanismo que alguna vez afectó considerablemente a la clase trabajadora y que todavía rige con bastante fuerza la vida de una gran cantidad de personas. Para la mayoría, el puritanismo, apoyándose en la dureza de la vida de la clase trabajadora, sigue teniendo hoy cierta influencia y sobrevive en cierta medida entre los más tolerantes. Esto se observa en su actitud ante la bebida y, con mayor claridad, ante el sexo.

Por un lado, la bebida se acepta como parte de la vida normal, o al menos, de la vida normal del hombre, como se acepta el cigarrillo. "Todo hombre necesita su vaso de cerveza", que lo ayuda a darle un sentido a la vida, porque si uno no puede darse ciertos gustos, ¿para qué vive? Es "natural" que un hombre beba cerveza. Las mujeres de hoy beben más que lo que bebían las mujeres de la generación de sus madres; hasta mi adolescencia, la mujer que pedía un trago de ginebra con vermouth era poco menos que una prostituta. Pero aun así, después del nacimiento de los hijos, las mujeres beben menos, sólo los fines de semana. La cantidad de cerveza que puede beber un hombre sin dar lugar a la desaprobación depende de las circunstancias; la escala de permisos tiene una gradación muy fina. De un viudo se espera que beba más que el resto, porque sin esposa, su casa no es un lugar amable al que quiera volver. Una pareja sin hijos puede beber, porque con ello no les quita el pan de la boca a los hijos, y una casa sin hijos no es muy acogedora. Un padre con familia debería beber "con moderación", es decir, tiene que saber cuándo detenerse, y debe "proveer el sustento". En determinadas ocasiones —festivales, celebraciones, partidos importantes, excursiones— todos están autorizados a beber bastante. Es comprensible que ciertas situaciones lleven a beber. En general, hay un doble énfasis: en el derecho a beber y en el darse cuenta de que si la bebida "se apodera de uno" se puede llegar a la ruina (una ruina casi literal, dada la necesidad de venderlo todo para comprar bebida).

Está claro que fue esta relación con la bebida lo que dio sustento al movimiento anticonsumo de alcohol durante el siglo pasado y la primera década, o poco más, del presente siglo. Era fácil notar cómo hasta en las familias donde nunca había faltado para comer ni mucho menos, pronto no les alcanzaba para lo mínimo si el "demonio de la bebida" se instalaba en la casa. Económicamente, un hogar de clase trabajadora siempre ha sido, y aún es, una balsa en el mar de la sociedad. Así, el Movimiento por la Temperancia tuvo mucha influencia hasta la década de 1930 como mínimo, cuando tuve que firmar dos veces, con diferencia de un año, una declaración en la que afirmaba que en mi casa nadie bebía. En esa época yo tenía entre 10 y 12 años y firmé con el resto de mis compañeros de la escuela dominical. Creíamos que la bebida podía poner en riesgo nuestro lugar en la fiesta de Pentecostés. Yo tenía un tío alcohólico, el último de un linaje que se remontaba hasta la década de 1870, y casi todos tenían un pariente así. Por esa época ya no cantábamos canciones como "Por favor, no le den más de beber a mi padre" o "No salgas esta noche, papá" o "Padre, querido padre, ven a casa ahora" o —mi preferida— "Mi

bebida es el agua pura” (que decía más o menos así: “Querido Dick, pronto sabrías / si vivieras en Jackson’s Row / que el agua pura es mi bebida / que el agua pura es mi bebida / del arroyito traída”). Sólo como una diversión las escuchábamos cantar a nuestros mayores, que a su vez las habían aprendido de niños, y nos dábamos cuenta del propósito de sus versos. Sabíamos que beber en exceso, incluso el equivalente a 3 che-lines más por semana de lo que una familia podía gastar, era sinónimo de pobreza en el corto plazo, malhumor que crecía hasta convertirse en estallido, ropa cada vez más deteriorada, madres desesperadas, trabajos perdidos, peleas y discusiones cada vez más violentas. “Gracias a Dios, nunca le dio por beber”, suelen decir las mujeres. Hoy en día ya no hay tanta violencia ligada al alcohol, y además, se bebe menos en general;³³ pero la bebida sigue siendo el riesgo principal para un marido de clase trabajadora. Beber está “bien”, es “natural”, pero con moderación. Una vez que se pasa el límite, que varía según el tipo de familia, sobreviene el desastre. Sin embargo, son pocos los hombres que no beben absolutamente nada; la mayoría de las personas de la clase trabajadora no querría que los hombres no bebieran, aunque el alcohol sea peligroso.

Un amigo mío que vivía cerca de casa era hijo único y creo que no tenía padre; su madre era modista pero él estaba siempre bien vestido y le daban más dinero que a los demás niños. Iba al cine dos veces por semana y se compraba papas fritas. De adolescente supe que la madre era una prostituta del centro de la ciudad. Necesitaba más dinero para criar al hijo que lo que podía ganar como modista (creo que el marido la había dejado). Además, ella estaba siempre preocupada por que el hijo no “sufriera” por “no tener padre” y la forma de asegurarse eso era que el chico tuviera superioridad financiera respecto de sus compañeros, algo que entre los chicos es muy importante. Mucho de lo que ya hemos dicho sirve para tratar de entender por qué la mujer toleraba vender su cuerpo; a mí me interesa señalar que, salvo los que decían que ella “arruinaba la reputación de la cuadra”, nadie la condenaba por eso. La mayoría de los vecinos la saluda-

33 El cambio en los hábitos del consumo de alcohol ocurrió en 1900. Anteriormente se bebía cada vez más, pero luego la costumbre empezó a decaer. Desde principios de la década de 1930, el consumo de alcohol por persona ha sido menos de la mitad de lo que era en 1900 (véanse Prest y Adams, *Consumers' Expenditure in the United Kingdom, 1900-1919; Report of the Commissioners of Customs and Excise, 1951-2* [Cmd. 8727] y *The Brewers' Almanack*, 1953, p. 89).

ba y le hablaba aunque no tuvieran trato con prostitutas y la simple idea de recurrir a los servicios de una los horrorizara. “Después de todo, tiene que ganarse la vida”, decían; la gente entendía lo presionada que se sentía con la situación y comprendía que a algunas mujeres no les quedaba otra salida. Nadie “le daba vuelta la cara” por eso, y si bien más de una vez escuché juicios de valor sobre la conducta desvergonzada y promiscua de los demás, a esta mujer en particular la dejaban en paz, según recuerdo.

Unos años después, a la madre de mi amigo se le unió la hija menor de una familia de seis hijos cuyo padre se había ocupado de criarlos después del fallecimiento de la esposa. Vivían cerca de la mujer a la que acabo de aludir y la gente hacía comentarios sobre ellos. Pero lo que provocaba las críticas era que el padre no vestía ni alimentaba a los hijos como los vecinos creían que debía o que podía y no que una de las hijas se prostituía.

Tiempo después, trabajé como empleado en una empresa de transporte de larga distancia, reemplazando a un joven que vivía a un par de cuadras de mi casa. Unas cuatro veces por noche llegaban camiones con acoplado desde Newcastle, dejaban la carga y quizás alguna prostituta que habían encontrado en la carretera, cargaban nueva mercadería y partían hacia Londres. El resto de la noche yo estaba solo en el depósito de una calle secundaria del centro de la ciudad, con la única compañía de policías, guardias y alguna que otra prostituta. Cuando empecé a trabajar allí, el empleado que me dejó el puesto me comentó que a veces, después de las once y media, iba a verlo una prostituta llamada Irene a la que le gustaba compartir una taza de té con él. Era una buena chica y, a veces, si no estaba muy cansada, le “hacía un favor” en la camioneta del fondo. Yo la vi solamente una vez, y en esa ocasión me habló casi todo el tiempo de que le dolían los pies. No le daba importancia a su ocupación; hablaba como si su trabajo fuese igual de aburrido que el de una vendedora en una papelería. Creo que mi aspecto de estudiante la hacía sentir incómoda, porque no me ofreció nada y no volvió hasta que yo dejé de trabajar en el depósito. Al tiempo, cuando iba de noche a la ciudad, la vi varias veces mirando las vidrieras de los negocios elegantes. La pobre debía tener clientes entre los jóvenes que venían de mejores barrios, viajantes de comercio, estudiantes que querían probar su hombría, vendedores arruinados, obreros con dinero y varios vasos de cerveza en la cabeza o trabajadores que van de una ciudad a otra en busca de la gran oportunidad laboral, pero yo nunca la vi con ninguno. Recuerdo que me habló de lo bonita que era una hermana suya que trabajaba en el mundo del espectáculo: “Es preciosa”. Muchas chicas bonitas de la clase trabajadora eran coristas en compañías de teatro de revistas.

Si menciono estos casos, no lo hago con la intención de sugerir que las personas de la clase trabajadora son más licenciosas que las de las demás clases; dudo que lo sean. Pero los temas sexuales siempre parecen estar más a flor de piel en la clase trabajadora, y la experiencia sexual probablemente se adquiere antes y con mayor facilidad que en otros grupos sociales. La proximidad a la superficie va acompañada, como suelen señalar los trabajadores sociales, de una gran timidez en relación con ciertos aspectos de la vida sexual:³⁴ hablar “racionalmente” de sexo, ser visto desnudo o hasta desnudarse para el acto sexual, o adoptar conductas sexuales sofisticadas. Ni siquiera hoy los padres de la clase trabajadora hablan de sexo con sus hijos. Saben que lo que tengan que aprender lo aprenderán en el barrio. No es que dejen el tema de lado porque saben que los chicos de la cuadra se ocuparán de brindar la información necesaria; de hecho, se molestan si escuchan a sus hijos hablar de cosas “sucias”. No abordan el tema, pienso, en parte porque no son buenos maestros ni se sienten cómodos hablando deliberadamente de un tema serio, así que optan por que el conocimiento llegue sin planificación, por medio de aforismos y proverbios, y en parte también por la vergüenza que produce llevar el sexo a un nivel consciente o “racional”. Y esto se aplica tanto al hombre que, en el contexto propicio, habla de sexo abiertamente con sus amigos como a su “bienhablada” esposa.

Pero a partir de los 10 años, los niños, y en especial los varones, aprenden de los chicos más grandes entre su grupo de amigos, y después, en el trabajo. Para los chicos, el acento está, inevitablemente, en la diversión que entrañan las experiencias sexuales y en sus excitantes y terribles peligros, y en particular durante las primeras etapas, en los placeres y los peligros de la masturbación. Para muchos, la masturbación pronto deja paso a la experiencia heterosexual. Evidentemente es aquí donde el modelo de vida sexual de un chico de la clase trabajadora se diferencia más del de un chico que va a una escuela de élite, que vive hasta los 18 años en una comunidad de varones solamente. Desde los 13 años en adelante, los jóvenes de la clase trabajadora hablan de sus aventuras sexuales, de lo pronto que tal o cual chica se deja “tocar” o “se acuesta”. Hacia los 18, los que quieren ya tienen una experiencia sexual considerable. Un grupo de albañiles para quienes trabajé durante unas vacaciones siendo estudiante se enteraron un día de que yo era virgen y a partir de ese momento empezaron a tratarme, sin dejar de ser amables, como menos que un hombre,

34 El Informe Kinsey corrobora ampliamente esta característica.

como una especie de monje abocado a los libros. Todos aseguraban que lo hacían "todo el tiempo", pero creo que exageraban. Los hombres casados participaban de las conversaciones sobre sexo y se quejaban de la libertad perdida, pero lo tomaban como algo normal.

¿Cómo se puede resumir la actitud de esos hombres hacia sus experiencias sexuales irregulares? Quizá debería agregar aquí que hay muchos hombres, desde ya, a quienes no se aplica lo dicho anteriormente. Casi no sienten culpa ni creen que sea pecado nada relacionado con el sexo; el sexo significa mucho para ellos, pero no porque en el fondo se sientan perdidos en una gran masa urbana. Eso sería atribuirles las actitudes de otras clases de personas. No se permiten las bravuconadas inmorales sobre las que tanto se ha dicho respecto del comportamiento de algunos grupos durante la década de 1920. Sin embargo, sienten vagamente que el "descubrimiento científico" ha legitimado las cosas y que, con los anticonceptivos baratos, todo es más fácil. No son salvajes sin moral que se divierten en los bajos fondos de unas islas Marquesas que Melville nunca conoció. Toman su vida sexual con naturalidad, sin ser versiones urbanizadas de la visión bucólica de las "manzanas maduras" de T. F. Powys, ni versiones contemporáneas de los grandes moralistas del pasado. En ciertos aspectos, la actitud de estos hombres hacia la promiscuidad viene de lejos, pero para ellos es algo clandestino. En muchos casos, la actividad promiscua cesa con el casamiento y no afecta la relación matrimonial.

Mi impresión, aunque en esto quizás esté cometiendo un error por exceso de romanticismo, es que las chicas carecen de ese tipo de experiencia sexual promiscua esporádica. Los nombres de las chicas que están siempre dispuestas surgen una y otra vez; a las fáciles, todo el mundo las conoce. Por supuesto, ellas tienen mucho más que perder: corren el riesgo de que "les llenen la cocina de humo".

Para mí, lo sorprendente es que tantas chicas salgan indemnes, que conserven la ignorancia de todo lo relacionado con el sexo y que sean impermeables a la atmósfera que lo rodea, una actitud típica de una joven de la clase media de mediados del siglo XIX. Es maravilloso cómo, sin rastros de mojigatería o resistencia, muchas de esas chicas atraviesan el inhóspito paraje de las propuestas sexuales de los muchachos del barrio y de las charlas sobre sexo en el trabajo, y se cruzan con el joven con el que se van a casar sin huellas psicológicas ni físicas de ese trayecto. La luz que las guía es la convicción, y no la especulación, de que se casarán algún día, de que se "guardan para el hombre de su vida".

Según lo que yo he visto, la mayoría de las muchachas no van de hombre en hombre, adquiriendo retazos de experiencia en cada relación, sino que, desde muy chicas, su objetivo es conseguir novio y casarse jóvenes. Aunque a partir de los 15 años algunas se "meten en problemas", son la excepción. Muchas tienen algo de experiencia sexual antes de casarse, pero por lo general la adquieren con el hombre que será su marido, así que la promiscuidad no las alcanza. Eso no quiere decir que estén protegidas: a partir de los 16 se las ve como adultas; conocen al chico del que se enamoran y se ponen de novias. Probablemente no sepan nada de sexo. Tienen una actitud romántica hacia la relación; él las presiona porque no tiene sentido esperar hasta el día de la boda y ellas ceden. Quizás él tome precauciones; pero muchos hombres no lo hacen, bien porque no están preparados o porque son inexpertos. Si la mujer queda embarazada, se adelanta la boda, pero la chica no siente que está en falta. Creo que la mayoría de las chicas que no llegan vírgenes al matrimonio pierden la virginidad con muchachos a los que quieren de verdad, cuando las circunstancias lo permiten, y no pasando de mano en mano "por divertirse".

Por lo general, cuando la relación "va en serio", se espera que los dos sean fieles, y, a decir verdad, la infidelidad es poco común. Las chicas no se consideran malas por anticipar la boda. Siguen una tradición que las acercará a las actitudes y los hábitos de sus madres y las convertirá en amas de casa "decentes". Hasta que eso ocurra, pueden permitirse tener relaciones sexuales porque "no le hago mal a nadie. Es algo natural, ¿no es así?"